

## Poéticas

## Poesía arbórea

(Blanco abrazo de Jaime Delclaux)

En su *Introducción a la poesía española contemporánea*, Luis Felipe Vivanco hace especial hincapié en la cesura que supuso el modernismo, esa desmesura de la imaginación, en el amaneramiento de la sentimentalidad romántica; paso decisivo que habría de arrebatar la palabra a los excesos de una fantasía evasiva y escasamente vital, y, con el tiempo, una vez limpia de efectismos simbolistas y demás artificios, hacerla nuevamente cómplice de ese territorio contrario a la fantasía, hacedor y fundador de realidad, al que pertenece la imaginación.

## Encuentro en la palabra emanada

A esa exigencia de la imaginación por fundar la forma de lo real, responde sin duda la trayectoria poética de Juan Ramón Jiménez; forma desnuda e inmediata, vivida, íntima y existencial. Entraña en la que se reconocerá el joven Jaime Delclaux (Bilbao, 1912, Albacete, 1937).

Junto a las lecturas que acompañaron su honda formación religiosa, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, y la influencia romántica de corte bequeriano, fue el encuentro con la persona y poesía de J.R.J., lo que con mayor calado contribuyó al crecimiento de la palabra de Delclaux. En ocasiones los encuentros semejan eclipses. Ambos poetas se reconocieron y hermanaron en la experiencia de una poesía que es ante todo emanación, emergencia de la hondura.

Para ambos, poetas arraigados en la sustancia, el poema no es ya un constructo artístico más o menos logrado, una arquitectura erigida desde y para el ingenio. El poema es algo que sucede, precipita desde la necesidad, posibilita y se une al conjunto de experiencias extáticas en las que en ocasiones se pierde todo hombre. Arquitectura, pero esta vez decantada, noticia del sedimento de que estamos hechos, y con el que son cimentados los estratos de todo paisaje, la Naturaleza que nos mira y en secreto aguarda ser dicha, su porción de palabra. El poema es hallazgo, no de la metáfora audaz, sino de ese último resorto con el que somos capaces de poner el mundo en movimiento y reconocernos en una mutua posesión.

Tal vez el conjunto de la naturaleza responda al movimiento de un solo cuerpo, tal como a una misma creiente la voz aislada de las mareas. La palabra emanada es intuición de la respiración de ese cuerpo que nos abre a la unidad y conformidad de todos sus gestos; esa pulsión que es el mundo en nosotros. En este sentido la poesía de Delclaux, como la de J. R. J., es entrega, conciencia, *estela de plata* que orada los contornos de todo; *palabra en soledad* que no se construye, progresa y se extiende desde el sueño y la contemplación como una planta trepadora, se dilata orgánicamente siguiendo y volviendo perceptible el rostro íntimo del mundo, donde poesía y vida son una misma cosa. Como cuando escribe:

... Y por allí me fui, gustando  
alegre  
la divina novedad de los colores,  
pero andando, he llegado  
a las puras entrañas de la noche.  
Y desde aquí te llamo, inquieto,  
¿En dónde? - todo es bruma -  
y tú, arquitecto de vientos,  
te ríes otra vez, y me respondes:  
¡En tu propia pregunta!

## Pulsión de la forma

Delclaux hace suyo ese camino recorrido por la obra poética de J. R. J., que lo lleva de la ensoñación a la contemplación; de la experiencia extática en la palabra emanada, a esa otra palabra esencial que hace del poema un ámbito consiente de sus propios procedimientos en la consecución de la belleza.

El alma estaba roja  
de impaciencias,  
y el deseo, este obrero incansable,  
tenía la absurda idea de la forma  
única, y trabajaba inmutable.  
Pero ella,  
viento tibio de la tarde,  
huía loca hacia la forma,  
árbol, estrella, pájaro,  
del instante.  
Buscando siempre la armonía  
de los perfiles nuevos,  
en la eterna niñez  
que hace al minuto viejo.  
Y el deseo cansado se decía:  
Si yo pudiera darle el cielo,  
multiforme, que busca,  
ella descansaría en su beso.  
¡Este loco deseo siempre ha sido  
tan soñador, que no le bastan  
los alegres tesoros  
de la inconstancia;  
quiere unir lo mudable  
a lo fijo. Milagro de nostalgias  
en la fuga de las flores  
y minutos del alma.  
Y que nadie le diga  
su imposible. Trinidad misteriosa  
de la única armonía.



En esta búsqueda de lo que el propio Delclaux denominará *posesión de la belleza total*, y que pertenece al orden de una perfección incontestable, intervienen dos pulsiones esenciales en las que se ha de resolver la labor poética. De un lado el espíritu, en continuo movimiento por lo bello; de otro, la forma, siempre múltiple y necesaria,

por la que el espíritu nunca se amansa. La íntima escucha a la que obedece el proceso creativo, esa imperfecta tentativa de depuración, está siempre sometida a un movimiento continuo, dolorosa transfiguración del instante, poesía en movimiento que el deseo alimenta en una irreparable multiplicación de fracasos.

## Arquitectura del color

Delclaux fue uno de los escasos poetas que abrazan la poesía pura que predicó J.R.J. Representaba, junto con Otero, una voz prometedora en la poesía joven de preguerra. Una enfermedad le arrebató toda posibilidad. Ambos participaron en el grupo ALEA con intelectuales como Azaola, los hermanos Bilbao, Antonio Elias y Esteban Urkiaga, *Lauaxeta*. La relación con J.R.J. va más allá de la anécdota, pues el poeta andaluz no se prodigó en dedicar y escribir poemas a nadie, como a Delclaux quien tenía un sello de entrada con el poeta de Moguer.

Éste dedicó a Delclaux y a Bilbao su libro *La estación total* (Buenos Aires, 1946): "A la memoria de Jaime Delclaux y a la vigilia de Pablo Bilbao Aristegui, con pensamiento acumulado". Pero no debe extrañar que en Delclaux se vislumbre su fondo romántico, con evidentes resonancias modernistas y simbolistas. El poeta vasco dejó un centenar de poemas, de sucesivas ediciones parciales, hasta su reunión en el volumen *Obra poética* (Bilbao, 1995). En toda su poesía se tiende la arquitectura de colores y vientos envolventes, sonoros, cristalinos. Tonos dramáticos y armonía

de escalas a la par, en la representación del misterio. Azaola publicó sus poemas en *Egan* (1949). Bilbao Aristegui editó su primer libro, *Alma fugitiva*, poemas entre 1935-1936. Aquella "huidiza y loca quimera" que Otero advirtió en su verso está presente en sus tres libros: *Ala fugitiva* (1935-1936), *Bilbao*, 1941; *Poesías. Antología*, Hispánica, Madrid, 1943 (Prólogo de P. Bilbao) y la referida *Obra poética*, Ed. Laga; Bilbao, 1995 (Prólogos de C. Aguirre Delclaux, A. Elias, y J. M. de Azaola). Para amigos de la poesía.

Félix Marañón

## Poesía a la intemperie

Tal como ha señalado Antonio Elias, la obra poética de Jaime Delclaux se divide en dos vertientes temáticas y estéticas. Aquella que contempla la revisión poética de sus experiencias personales: anecdotarios de seducción, vivencia de la imagen de Jesús de Nazaret, proximidad de la muerte, indagación del Yo. Temas todos ellos tratados con singular acento romántico, sin artificios ni desmesuras, lejos del juego verbal, con palabra precisa y nítida, en limpia y abierta unión, que recoge y reconcilia al lector en un sincero y hondo testimonio.

Otra expresa una pulsión de cosas imprecisas, y toma íntimo cuerpo la Naturaleza avivando su tentación de abismo y misterio, donde interviene una materia poética más pura, elaborada con motivos elementales. Palabra interiorizada, palabra fundante de una nueva realidad que no excluye lo real en su apariencia, sino que es su mismo misterio inaugurado. Palabra honda, abierta y vital, de la que J. R. J. dijo: "Está palpitando misterio immanente, es decir, son poesía de la que es imposible falsificar; tienen la emoción sencilla de lo alimentado con las raíces naturales del espíritu y reflejan en su ir corriente un espacio superior, con esas fugas de sonrisa y lágrima secretas, cruzadas con vuelo delicado por el ámbito de la vida."

Como el mar un infinito deseo,  
De besar todas las cosas,  
y como el mar, roturas  
del sentimiento,  
puñaladas de unas rocas,  
entre mis brazos abiertos.

Poesía de gran contundencia y desnudez, poesía desprovista de cedazos, pura sensación hablada, poesía que asciende, arbórea, conquista la inteligencia y la desgrana. Jaime Delclaux es un poeta a la intemperie; atento a los indicios, a la vital inmediatez del instante, a la ensoñación por la que nos son perceptibles las hebras con que lo real trama sus evidencias; entregado al "cuidadoso cultivo -por los cinco incansables sentidos- de la pradera interior"; lejos de las tentativas modernistas por embellecer "las sensaciones en toda su primitiva pureza". Estamos ante una poesía que si bien presenta cierta inclinación a la retórica, ésta se desenvuelve sin estridencias, con equilibrio y acierto; riqueza de imágenes, sencillez sintáctica, y léxico despojado de toda afectación. Palabra nutrida de elementos simples para dar cumplida cuenta de la complejidad de sus ramificaciones, el blanco temblor en que se abraza y precipita todo cuanto se nos asegura es real. Palabra sin lastres, poesía ingranda:

Ahora todos descansamos  
en el místico conjuro de nuestro  
amor plateado  
que duerme en su cuna de algas  
su inefable sueño blanco.

Jon Obeso Ruiz de Gordoa